

# Paisaje con perro

**SALVADOR BRETÓN**

Para David G. Fuentes

Echado sobre el pasto, protegido del calor de las 15:30 por la fronda de un arbusto, el “Rummy” espera impaciente a que vuelvan sus pequeños amos del colegio para salir a su encuentro y recibirlos con ladridos afectuosos y agitar del rabo.

Se yergue conforme escucha el rechinado de las llantas del autobús amarillo chillante acercarse después de haber depositado carga infantil a media manzana. Con el estruendo de la puerta del lado del conductor va hacia la reja. Los niños pasan de largo sin siquiera advertirlo, tan agitados como han estado los días recientes. Si pudiera externarles que siempre siguió sus instrucciones hasta el último momento: ládrale y muerde a ése que deja las cartas –le ordenaron mostrándole sobres y un empleado similar al esperado–, el de la motocicleta y el silbatito. Sólo en una ocasión, temporada de vacaciones, pudieron constatarlo, aunque en ese momento les importó poco. Los sigue unos metros casa adentro.

La intranquilidad y su tufo característico procedente del interior lo hacen replegarse a la puerta. Lola y Lalo saben que su madre los espera en la sala, a la vista de la escalera por si acaso desearan subir a sus habitaciones sin ser advertidos. Mientras relee por enésima vez las notas escolares recibidas durante la mañana, en la mano libre un pequeño mazo de madera para lograr hielo frappé, que ellos no ven, oscila entre sus dedos. Se miran uno a la otra, la mayor no dice nada, él tampoco. La madre escucha los ruidos de los años recientes, aunque un tanto modificados por las instrucciones de su marido al Rummy, can en quien no confía de más por haberle gruñido para defender a los preadolescentes; aunque sabe que el tiempo transcurre y su cónyuge –recuerda el anochecer que llegó de una tienda de mascotas dañadas en subasta, la sonrisa infantil que le iluminaba la cara, viejo Pointer con cruza de Galgo medio rengu barrido por un accidente de tránsito sin reclamar dizque para los niños– puede estar en lo cierto y el plan salir bien. Un ladrido singular lo advierte: es hora de rendir cuentas de las notas con promedios por debajo del seis punto tres de los meses recientes.

Al Rummy la escena le resulta similar a otras tantas que ha presenciado en su experiencia de amigo del hogar, a quien la calle parece libertad y a la vez infierno

sumario del que busca escapar, hambre, prisión o muerte posibles de por medio, sin jamás decidirse hasta entonces a tomar una postura al respecto; agita el cubilete y observa los dados vueltos huesos caer sobre una mesa aterciopelada hecha hierba.

Para la oreja: los reclamos de la materfamilia a los niños le infunden nula condescendencia, se mantiene a la expectativa. La imagen de un gran filete mostrado minutos atrás por el Señor de la Casa, el Amo, a cambio de cerrarles el paso en el supuesto de que buscaran huir rumbo a la calle lo mantiene enhiesto. El grito de la chiquilla lo pone en alerta total, la golpiza comenzó y ve ir hacia él al muchacho.

Le gruñe, le ladra y aborta todo paso del ingrato mocoso a la postergación de su castigo cuya perplejidad

le hace presa fácil de un mazazo que lo impele hacia la cocina, rincón de donde no hay escape. La primogénita aprovecha el desabasto de manos de la madre para escindirle de los golpes cuando el paterfamilia baja por la escalera espetándole un cinturón ajado y reseco que pronto encuentra el objeto de su ostentación. Copada toda huída, los malos estudiantes son hechos desquite en el que reciben golpes y amenazas. Sin embargo, a punto de la primera sangre en la piel ya amoratada de ambos, el ímpetu de sobrevivencia los guía hacia sus alcobas despejado el camino por el Rummy, a quien miran de reojo devorar un filete cuya memoria degustativa les hace agua la boca, pero prefieren perderse en sus alcobas hasta una incierta jornada siguiente. 🍷



Ana Gloria Álvarez